

“El fascismo no es una cosa del pasado”

Entrevista a Nil Santiáñez

Máximo Hernán Mena

Universidad Nacional de Tucumán-CONICET

El pasado 1 de abril se cumplieron 76 años del anuncio, por parte del general Franco, del final de la Guerra Civil española. En esta entrevista, el investigador y crítico español Nil Santiáñez reflexiona sobre las resonancias actuales del fascismo en España y Europa. También se dedica a pensar los vínculos entre el desarrollo del fascismo, la Segunda Guerra Mundial y la Guerra Civil española, suceso que describe como “una herida que no ha cicatrizado bien” y cuyas consecuencias se pueden percibir hasta el día de hoy. Nil Santiáñez es Ph.D. en Español y se desempeña como catedrático de Teoría literaria y Literatura moderna en Saint Louis University (Saint Louis, Missouri). Ha enseñado en diversas universidades norteamericanas (Brown, Massachusetts, Washington, entre otras), y ha escrito varios libros, entre los que destacan *Topographies of Fascism: Habitus, Space, and Writing in Twentieth-Century Spain* (2013), *Goya/Clausewitz. Paradigmas de la guerra absoluta* (2009) e *Investigaciones literarias. Modernidad, historia de la literatura y modernismos* (2002). Sus artículos, abordan temáticas tan diversas como el canon, el fin de siglo, la cultura fascista, el modernismo o la espacialidad de la escritura, y han sido publicados en importantes revistas norteamericanas y europeas.

Máximo Hernán Mena (MHM): En sus trabajos se puede percibir un intento de estudiar el pasado para interrogar el

presente. ¿De qué manera piensa usted que estudiar el desarrollo del fascismo en España le permite reflexionar sobre la actualidad del país?

Nil Santiáñez (NS): Mis investigaciones sobre el fascismo parten de una premisa: el fascismo no es una cosa del pasado. Tampoco lo es, por cierto, el franquismo, que no murió con el dictador. El fascismo sigue desempeñando un papel en la política europea. Y no me refiero solo a organizaciones políticas de clara orientación fascista. Lo más preocupante es la infiltración del fascismo en las estructuras políticas democráticas. De eso ya nos advirtió Adorno en los años cincuenta del siglo pasado. Mis estudios sobre fascismo procuran crear un espacio de discusión, un marco desde el cual puedan debatirse las conexiones entre, pongamos por caso, el gran interés del fascismo por cuestiones espaciales (la arquitectura y el urbanismo sobre todo) y la presencia del fascismo y del franquismo en el espacio social de hoy día, como por ejemplo en la nomenclatura de las calles, o en estatuas como la que hay de Primo de Rivera, cofundador de Falange Española, en el centro de Granada. La falta de voluntad política para exhumar sistemáticamente y de una vez por todas las más de 2.000 fosas comunes en las que yacen alrededor de 120.000 personas ejecutadas por los franquistas, así como la negativa de políticos del Partido Popular a aplicar la Ley de la Memoria Histórica, son otros dos casos de pervivencia de actitudes relacionadas con el fascismo que en mis ensayos procuro poner en diálogo con el pasado.

MHM: En su libro *Topographies of fascism (Topografías del fascismo)* aborda las representaciones del fascismo en la literatura española y señala que este es un “fenómeno transnacional”. ¿De qué manera piensa que incide la Guerra Civil española en la Segunda Guerra Mundial? ¿Podría describir en qué medida se modifican las

representaciones literarias del proceso fascista español con el desenvolvimiento de los posteriores sucesos mundiales?

NS: La Guerra Civil de 1936-1939 fue esencialmente un fenómeno nacional, un asunto de política, digamos, interna. Se ha exagerado un poco su dimensión internacional. Y sin embargo, no es del todo ilegítimo considerarla como un prólogo, como una especie de laboratorio de la Segunda Guerra Mundial, sobre todo para los alemanes. El bombardeo de Guernica, por ejemplo, fue básicamente un ejercicio táctico, una práctica de tiro con fuego real. En este sentido, Guernica es un anticipo de lo que vendría en 1939-1945. Naturalmente, los sucesos mundiales afectaron la evolución del fascismo en España. Ahora bien, aunque perdió relevancia como fuerza política hegemónica a partir de la década de 1950, el fascismo siguió desempeñando un papel importante en la literatura, en la vida cultural y en la enseñanza. Todavía recuerdo, como si fuera ayer, las barbaridades que mis maestros de primaria nos contaban sobre el “imperio” (una noción clave del fascismo) español.

MHM: El pasado 1 de abril se conmemoró un año más de la declaración del parte de 1939 firmado por Franco: “La guerra ha terminado”. ¿Qué resonancias tienen hoy, en la sociedad española, la Guerra Civil (1936-1939) y la posterior dictadura de Franco, en relación con la reciente crisis económica y política y la búsqueda independentista de Cataluña?

NS: La Guerra Civil española es una herida que no ha cicatrizado bien. Sigue viva en forma de experiencia traumática. No hay consenso sobre su significado. No se olvide que durante la llamada Transición hubo un pacto de silencio sobre muchos temas, en parte debido a la incuestionable supervivencia del franquismo en amplios sectores de la población y de la actividad política. La reestructuración

de la organización territorial se hizo bastante mal, y ahora lo estamos pagando. El proindependentismo actual en Cataluña es el resultado de una desafección que tiene que ver con esa estructuración administrativa, pero también con el fallo del Tribunal Constitucional sobre el recurso de inconstitucionalidad presentado por el Partido Popular contra el nuevo Estatuto de Autonomía de Cataluña. Ese fallo, determinado menos por consideraciones jurídicas que por las posturas políticas españolistas de los jueces que componían el Tribunal, produjo un enorme resentimiento en Cataluña. La mayoría de los catalanes desea una renegociación de las relaciones entre esa nación y el Estado español. Pero ni el Estado ni muchos españoles están dispuestos a permitir que los catalanes expresen su voluntad política en un referéndum. El lenguaje utilizado en España sobre los catalanes en los últimos años es, por cierto, muy parecido al que emplearon los fascistas en la década de 1930 contra Cataluña. El nacionalismo catalán, no se olvide, fue (y sigue siendo) la bestia negra del fascismo español.

Construcciones del espacio, la historia y la ficción

MHM: Usted señala que entender el fascismo es comprender cómo este concebía, construía y utilizaba los espacios. ¿De qué manera considerar las dinámicas espaciales permiten reflexionar sobre lo histórico, la configuración de la ciudad y los usos del orden sobre lo social?

NS: La historia no es solo una cuestión de tiempo. También contiene una dimensión geográfica, como nos enseñó Fernand Braudel en libros todavía hoy fundamentales. Las dinámicas espaciales forman parte de la historia. La Guerra Civil, por ejemplo, puede ser entendida como una

pugna entre distintas concepciones de articulación del espacio nacional. El anarquismo, el republicanismo, el comunismo y el franquismo tenían distintas nociones sobre cómo debía organizarse el territorio nacional. Los anarquistas lo pusieron en práctica en Aragón durante la guerra, mientras que los franquistas insistieron en que la guerra era una forma de “reconquistar” un espacio “ocupado” por la “anti-España”. Estos fenómenos deben de ser estudiados dentro de lo que llamo “geografía de formaciones hegemónicas”, es decir, en el marco de una constelación de actitudes espaciales distintas, todas ellas vinculadas a posiciones ideológicas en pugna por conseguir la hegemonía política sobre el resto.

MHM: Tomando como punto de partida su estudio sobre el fascismo español a partir de los textos literarios de la época, ¿de qué manera piensa usted que se relacionan la historia y la ficción? ¿En qué medida la lectura de ciertos sucesos históricos, desde la ficción, permite vislumbrar nuevas problemáticas culturales?

NS: La historia y la ficción tienen mucho en común. Como la ficción, la historia solo existe como relato. Los hechos que cuentan los historiadores pueden ser más o menos verídicos, pero solo adquieren sentido en el marco de un texto. Por otro lado, la ficción puede serlo de hechos reales. Ahí está Truman Capote. La historiografía es un género literario, y la ficción un tipo de discurso perfectamente capacitado para captar dimensiones ocultas de la realidad de un momento histórico determinado. Del fascismo me ha interesado sobre todo su producción de un espacio físico, social y mental propio, cosa que realizó no solamente mediante el urbanismo y la arquitectura; la ficción también contribuyó al establecimiento de un espacio fascista. La historia de la producción fascista de espacio no se entiende, pues, sin la ficción. De ahí que en mi libro

sobre las topografías del fascismo haya puesto en diálogo una multiplicidad de disciplinas, entre ellas la literatura. Por lo demás, en términos generales no entiendo la ficción sino en su convivencia con otras discursividades.

MHM: Además de su interés por reflexionar sobre el pasado también ha publicado textos sobre la ciencia ficción, según usted ¿cómo piensa usted que se entrecruzan el pasado y el futuro en los textos literarios y en sus reflexiones críticas?

NS: Todo texto, lo dijo Roland Barthes, es un intertexto. La emisión de un mensaje recorta los límites de un diálogo vasto con textos del pasado y del presente. Se trata de un fenómeno por lo demás bien conocido. Ahora bien: lo realmente interesante de esa doble conversación con textos del pasado y con intervenciones formuladas desde el presente reside en su simultánea determinación de las condiciones de posibilidad para futuros diálogos literarios o críticos. Dicha determinación puede incluso ser explícita. En el campo de los estudios sobre el trauma en representaciones culturales, por poner un ejemplo, han surgido recientemente trabajos que pretenden diseñar la metodología y el radio de acción de futuros estudios dedicados a ese tema. Hay por lo tanto una conversación crítica con lo que todavía no existe. De alguna manera, somos responsables de lo que vendrá. Esa responsabilidad contiene una doble dimensión ética y metodológica: en nuestro diálogo con el futuro debemos facilitar la construcción de discursos científicamente productivos y socialmente críticos. En un mundo en proceso de globalización, pongamos por caso, no es coherente seguir estudiando las literaturas nacionales como si nada hubiera pasado. Si realmente queremos dialogar con el presente inmediato, hemos de insertar el estudio de literaturas nacionales

en un ámbito comparado. Eso facilitará el surgimiento de metodologías capaces de estudiar la cultura desde ángulos que se correspondan al horizonte histórico de un mundo, como dicen los franceses, mundializado. Seguir estudiando la literatura de un país como si de una entidad autónoma se tratara significa no solo renunciar a un diálogo con el presente; también dificulta, yo diría que incluso retrasa, el momento en que la cultura se estudiará definitivamente desde el horizonte de la globalización. Ese es uno de los retos más acuciantes de quienes nos dedicamos hoy día al estudio de la literatura y la cultura. La responsabilidad contraída con lo que está por venir nos obliga a ser conscientes de nuestras decisiones teóricas y a elegir bien la heurística y la metodología con las que practicamos los estudios literarios y culturales.

MHM: Christopher Hitchens tituló uno de sus libros *Amor, pobreza y guerra* en referencia a la frase que anuncia que esas experiencias generan marcas imborrables en la vida de un hombre. Como se puede apreciar en su libro *Goya/Clausewitz. Paradigmas de la guerra absoluta*, la cuestión de la guerra es clave en sus estudios. ¿Desde qué perspectivas es posible pensar la guerra? ¿Qué lugar ocupa en el debate actual la guerra y los infinitos modos de la violencia?

NS: La guerra hay que pensarla a partir de la lectura atenta de su escritura. Descifrar la guerra significa leer su inscripción en el cuerpo humano y en la ecología. El paisaje lunar del frente occidental de la Gran Guerra o los cuerpos mutilados descritos por Henri Barbusse y Mary Borden son textos de la guerra cuya hermenéutica es indispensable si uno quiere conocer bien el lenguaje y la naturaleza de la violencia guerrera. Los historiadores especializados en cuestiones bélicas suelen omitir el examen de la escritura de la guerra, y prefieren centrarse,

algo por lo demás bien comprensible, en cuestiones técnicas o políticas. Debido a su formación intelectual y a los límites flexibles de su disciplina, el crítico cultural está mejor preparado que el historiador para pensar la guerra, pues su mirada se desliza con mayor naturalidad hacia objetos de estudio como el cuerpo humano y el campo de batalla (incluyo bajo esa denominación, por cierto, el espacio urbano de una ciudad bombardeada). En cuanto a su segunda pregunta, la guerra ha adquirido un renovado protagonismo en los últimos diez años debido al surgimiento de formas radicalmente nuevas de llevarla a cabo. Me refiero al género de guerra conocido generalmente como ‘guerra global’. Pensadores como Carlo Galli, Alain Badiou, Michael Hardt y Antonio Negri han escrito páginas incisivas sobre ese nuevo modo de la guerra. Aunque la escritura de la guerra puede ser, en determinados casos, también de carácter electrónico, el cuerpo humano y la ecología siguen siendo los espacios privilegiados, las páginas en blanco por decirlo así, donde se inscribe el lenguaje de la guerra. Los ataques estadounidenses con *drones* a seres humanos, paradigmáticos de la guerra global, solo se pueden entender plenamente si nos centramos, una vez más, en la semiología de los cuerpos y los lugares destruidos por los *drones*.

Breve coda sobre Borges y Cortázar

MHM: En otro de sus libros, *Investigaciones literarias*, aborda la importancia del juego en la literatura, a través de las experimentaciones lingüísticas y el énfasis en la actividad del lector que, como afirma Barthes, “escribe el texto”. En relación a este tipo de novelas, ¿cómo caracterizaría las obras de Julio Cortázar y de Jorge Luis Borges, en función del empleo de la rayuela y el laberinto? ¿Cómo piensa

usted que fueron leídos estos autores por los escritores españoles contemporáneos?

NS: “Rayuela” y “laberinto” son dos metáforas de la lectura, y también de la obra literaria, especialmente la de naturaleza experimental. Por eso tales conceptos son de orden autorreferencial: con ellos Cortázar y Borges se refieren a la constitución de su propia obra. Eso está claro. Una se articula como la rayuela; la otra, a modo de laberinto. Yo crecí leyendo a Borges y a Cortázar. En las décadas de 1970 y 1980, es decir, más o menos durante los años en que cursé mis estudios de bachillerato y licenciatura, Cortázar y Borges tuvieron mucho predicamento en España, tanto entre los lectores de a pie como entre los escritores. Luego, con la “europeización” de España, es decir, con la entrada del país en la Comunidad Europea, hubo cierto distanciamiento con respecto a la cultura hispanoamericana.